primera que tomó una cesta y salió inmediatamente, y con el corazon inflamado por el amor de Dios y del prójimo, se presentó denodadamente en todas las casas que solian auxiliar á sus pobres, donde recogió con humildad y reconocimiento los mendrugos y los ochavos que quisieron darle. Con esto preparaba la Providencia un inagotable recurso para las Hermanitas, que desde entónces han recogido el pan de sus pobres en esta noble y santa mendicidad. Aunque todas sus compañeras han imitado á Juana, ésta, sin embargo, ha seguido siendo, como si dijésemos, la colectora titular del Instituto: no contenta con recorrer las poblaciones en que se halla establecida la obra, va por todas partes, y acaso, querido lector, la verás cuando ménos lo pienses entrar en tu casa, exponer con sencillez y dignidad el objeto de su visita, dar razon de las necesidades de sus pobres y hablar de las misericordias del Señor para con ellos. Nada la cansa ni la perturba: en todo ve la mano de Dios, da gracias de lo que esta mano dispensa, espera lo que esa mano rehusa, y no duda de la generosidad ni de la bondad de los que no pueden tomar parte en su empresa. Tan increible abnegacion, no tansolo se atrae las bendiciones de Dios, sino que tambien alcanza las simpatías de los hombres. Los mismos que proscriben la mendicidad no han podido dejar de reconocer la virtud de esta noble é intrépida mendiga: sabido es que la Academia francesa le ha dado un premio de virtud.

«Tal abnegacion sorprendió y conmovió desde los primeros dias, de suerte que se añadió alguna cosita al ochavo y al mendrugo acostumbrados. Resultando mas abundante que la de las pobres viejas la limosna recogida por las Hermanas, pudieron éstas disponer de vestidos, de muebles, de provisiones de toda especie, dando por consiguiente mejor trato á sus pobres.

«No obstante, escaseaba la ropa blanca, pues la de la administracion de beneficencia ya no era bastante, y la carestía subió de punto cuando teniendo la administracion que acudir á otras atenciones, se vió obligada á negar este artículo á las Hermanitas.

«En tal angustia, las Hermanitas se valieron de su acostumbrado recurso: oraron y se dirigieron mas principalmente á María, suplicándola que las auxiliase. El dia de la Asuncion se levantó un altarcito á Nuestra Señora, de cuya construccion y ornato se encargó un gendarme que vivia cerca del que la poblacion llamaba ya el asilo de las buenas mujeres, conmovido por lo que todos los dias presenciaba en esta bendita casa. Las Hermanas pusieron al pié del altar las cinco ó seis

bajo, se compró (1842) una gran casa en otro tiempo habitada por una comunidad religiosa. Es verdad que no se contaba con recursos para pagarla; pero el abate Agustin Le Pailleur, que este era el nombre del vicario, vendió su reloj de oro, sus ornamentos de plata y algunos otros efectos: Juana conservaba una insignificante suma, y otra compañera habia economizado algun dinero; Fanchon dió cuanto le quedaba todavía, y con todo esto se consiguió satisfacer gran parte de la obligacion, dejando al cuidado de la Providencia suplir lo que faltaba.

«No se engañaron, pues al cabo de un año quedó enteramente pagada la casa que habia costado veintidos mil francos.

«No nos es dado entrar en el pormenor de los medios que Dios empleó para llegar á este resultado en que parece que estaba interesada su Providencia, la cual habian, por decirlo así, provocado, no teniendo en cuenta los obstáculos y empeñándose más cada dia en una obra que no podian concebir y de que desesperaban los hombres.

«Las Hermanas, que recibieron entónces el humilde y amable nombre de *Hermanitas de los pobres*, hacian sus votos, por decirlo así, con las manos atadas y los ojos cerrados.

«Su piadoso fundador desarrolló y precisó las constituciones que debian regirlas: al propio tiempo que las sujetaba á la pobreza, á la castidad y á la obediencia, quiso tambien ligarlas por un admirable voto de hospitalidad, y dar á esta virtud, que hacia ya tiempo practicaban de una manera maravillosa, el precio infinito en que la bondad de Dios estima todos los actos hechos para su servicio en nombre de un deber contraido con él.

«El voto de hospitalidad fué rigurosamente observado en San Servando. Al cabo de diez y ocho meses quedó tambien llena la grande casa, donde se alojaban cincuenta ancianos: las cuatro Hermanas se multiplicaban á sí mismas para servir á estos desvalidos; nueva maravilla de la misma Providencia, que consuela al mismo tiempo que pone á prueba. Para alimentar tanta gente solo se contaba con la limosna, y ésta bastaba.

«El Dios de las bondades sabe arreglar bien las cosas cuya direccion se le abandona. Los residuos de las mesas, los mendrugos y las tajadas de carne abundaban en las manos de las Hermanitas de los pobres. Esta Providencia, tan amable y bienhechora, no dejaba, sin embargo, de hacer sentir á veces con mas viveza la feliz dependencia en la cual con respecto á ella se mantenian. Como una madre que amamanta un tierno niño se complace en avivar sus deseos retirándole por un momento el seno que luego le devuelve, á veces retardaba algun tanto sus beneficios.

«Conforme á su constitucion y su voto de hospitalidad, las Hermanitas satisfacen ante todo á las necesidades de los ancianos, de lo cual resulta que no se reservan sino lo que queda despues de servidos sus huéspedes.

«Si bien la comida de los pobres se ha encontrado siempre suficiente y aun abundante, la de las Hermanas ha sido algunas veces un poco escasa. Una vez, entre otras, una noche de invierno, estando ya en cama los viejos, no quedaba para la cena de las Hermanitas mas que un cuarto de libra de pan: se sentaron contentas á la mesa, dijeron su *Benedicite*, dando gracias de todo corazon á Dios por haberlas dejado aquel pedazo de pan que cada una de ellas creia no haber ganado. Así es que se empeñaban en pasárselo una á otra, suponiendo que no les pertenecia y disimulando que lo necesitasen. Por otra parte reinaba el júbilo en la compañía, considerándose todas ellas felices en el fondo de su corazon por hallarse en el caso de hacer á Dios un pequeño sacrificio.

«Dios no lo despreció, pero se contentó de la buena voluntad. Miéntras tenia lugar entre las Hermanas esta agradable reyerta, llamaron á la puerta, bien que fuese ya tarde: era la Providencia que enviaba de la casa del cura una abundante limosna de pan y carne. Mil ejemplos pudieran citarse de esta constante atencion de Dios para satisfacer las necesidades que se han ido declarando. La historia de la fundacion de las órdenes religiosas abunda en semejantes hechos, y se comprende que han debido multiplicarse de una manera especial relativamente á las Hermanitas de los pobres que tan generosamente se han abandonado al cuidado de la Divina Providencia.

«Confiadas en ella y animadas por los beneficios que les dispensaba, continuaron esforzándose en hacer cuanto podian en favor de los pobres. A medida que se consagraban á su servicio, comprendian toda la importancia de la obra que Dios les habia confiado.

«En efecto, las almas de las desgraciadas criaturas que habian recogido, no eran insensibles á sus beneficios, y la caridad que con ellas se ejercia les daba á conocer á Dios. Estas pobres almas, perdidas en toda especie de vicios y sumidas en la ignorancia, empezaban á vivir y á esperar. Aprendian á gustar, á amar y á bendecir á Dios que les habia enviado en su miseria aquellas Hermanas tan serviciales y tan compasivas. Pudiéranse citar rasgos encantadores de virtud, de valor, de resignacion y de piedad de estos pobres séres que ántes de la entrada en el asilo se hallaban en gran manera degradados por toda especie de vicios y de miserias. En presencia de los

resultados que coronaban sus esfuerzos, pensando en todas las almas rescatadas por la sangre de Jesucristo que corrian peligro de perderse, y que un puesto en el asilo podia salvar, sintieron las Hermanas reanimar su celo, y no deseaban otra cosa que poder extender sus trabajos y aumentar su familia. Pero lo hemos dicho: la casa estaba llena, enteramente llena; y aunque para admitir mayor número de pobres las Hermanas se habian alojado en la buhardilla, no sobraba puesto alguno. Quedaban, sin embargo, bastantes pobres en la poblacion y en sus alrededores. Habia terreno, y medio franco en la caja. Se trató de edificar. Se puso esta pieza de á dos reales á los piés de la efigie de Nuestra Señora, y se comenzó la obra atrevidamente.

«Se tenia ya por costumbre reconocer las maravillas de la Providencia, y las débiles manos de las Hermanitas, que ántes solian planchar y coser, no vacilaron en empezar los trabajos de construccion, persuadidas de que es el Señor quien edifica y no las manos de los trabajadores. Escombraron el terreno, abrieron los fundamentos y se esforzaron en reunir materiales. De nuevo mostró el Señor que no pedia más, y correspondió á esta audacia que no retrocedia ante obstáculo alguno. Conmovidos los jornaleros de San Servando al ver tanta abnegacion, se ofrecieron á auxiliar estos

benditos trabajos, se hicieron gratuitamente los acarreos y abundaron las limosnas en dinero.

«Un vecino de Jersey, que tenia una parienta en San Servando, supo que estaba miserable, y pasó á esta poblacion para enterarse de su estado y auxiliarla. La encontró en la sala de asilo, pero tan bien cuidada y tan feliz, que quedó muy agradecido.

«Desde aquel dia enviaba limosnas al abate Le Pailleur, y al morir le dejó un legado de siete mil francos, que llegó muy á tiempo para contribuir á los gastos del edificio. Llegó tambien con mucha oportunidad el *premio á la virtud*, que la Academia otorgó á Juana Jugan (tres mil francos). Aun no estaban terminados los trabajos cuando empezó á aumentarse el número de las Hermanas. Dios recompensaba al fin la constancia de los fundadores. Su atrevimiento habia llegado al punto de pensar en establecer nuevas casas; y aunque las cuatro Hermanas no podian acudir, sino por un milagro constantemente renovado, á todas las atenciones de la de San Servando, se hallaban decididas, sin embargo, á no dejar que esta pequeña poblacion fuese la única en disfrutar de los beneficios de su empresa. No atendian á su flaqueza; solo pensaban en hacer bien.

«Luego que se aumentó el número, María

malas camisas que formaban la riqueza de la casa: nada de ropa de abrigo. Compadecióse la Santa Vírgen; y ¿quién no se hubiera compadecido al ver tanta miseria?

«Varias personas visitaron los dias siguientes el altarcito; la Madre de Dios tocó sus corazones, y todas se apresuraron á contribuir al alivio de los pobres. Hubo criadas que no pudiendo dar otra cosa, se quitaban sus sortijas y las ponian en el cuello del Niño Jesus que tenia entre sus brazos la Vírgen Madre, cuya estátua, no más alta que la mano, dominaba el altar. Por medio de esta industria y de esta misericordia quedaron los pobres suficientemente provistos de camisas, de tela y de otras ropas indispensables.

«De esta manera seguia todo su curso, si bien el espectáculo de la abnegacion de las primeras Hermanas no habia despertado ninguna nueva vocacion.

«Más de tres años habian ya trascurrido desde que el fundador comunicó su proyecto á María Agustina y María Teresa, les dió un reglamento de vida y las puso bajo el patrocinio de la Inmaculada Vírgen, de San José y de San Agustin.

«Más de diez y ocho meses habia que comenzara la Obra del alivio de los pobres y nadie acudia á reunirse con las cuatro fundadoras. Si bien se habian manifestado verdaderas simpatías y

abundaban bastante las limosnas, no por esto dejaba el demonio de suscitar un sinnúmero de estorbos á la santa empresa. No debia contarse entre el menor resultado de sus artificios el aislamiento en que seguian las Hermanas. Sin duda Dios le dejaba este poder para poner á prueba la constancia de sus servidores y fortificar su obra, siendo, por otra parte, cosa acostumbrada que todas las empresas de Dios estén sujetas á contradicciones.

«Las que sufrian las Hermanitas de los pobres eran de diversas clases. El señor Párroco de San Servando habia aprobado los esfuerzos de su caridad, pero no obstante, daban mucho que reflexionar. ¡La empresa era tan singular, tan nueva, y confundia de tal manera la prudencia humana! No estaba todo en alimentar á los pobres y en buscarles asilo por medios extraordinarios, pues no dejaba de ser tambien inconcebible la empresa de reunir en comunidad á pobres jornaleras sin instruccion.

«¿Quién las educaria para la vida y disciplina religiosa? ¿Quién las enseñaria á amar y practicar las reglas espirituales? Antes de reunirlas, ¿no hubiera sido conveniente instruirlas en una comunidad antigua y bien conocida? A lo ménos al comenzar debia ponérselas bajo la direccion de una maestra de novicias acostumbrada desde mu-

cho tiempo á la vida regular, hábil en formar y reconocer las vocaciones, en manejar, ejercitar y quebrantar las voluntades humanas.

«Todo esto era exacto y fundado en razon; mas el espíritu de Dios sopla dónde y como quiere, y en el fondo de su corazon sentia el fundador que emprendia una nueva obra, y que una nueva obra exige nuevos obreros. Por muy excelentes que sean las órdenes religiosas, deben limitarse al ejercicio de las obras á que han sido destinadas, y por las cuales fueron creadas, y es cosa impropia pedirles sacrificios ó proponerles trabajos no previstos por sus fundadores; y bien pudiera ser que semejantes tentativas, que separarian de su regla y de su objeto primitivo á las congregaciones, acabasen por arruinarlas.

«El fundador y las fundadoras de la obra de que estamos hablando, tal vez no profundizaban tanto: seguian la inspiracion de Dios y nada les parecia mas sencillo que obrar como habian obrado.

«Por otra parte, á estos argumentos que podian sugerir la razon y la prudencia, el demonio, segun hemos dicho, añadia sus artificios. Al propio tiempo que se habian despertado las simpatías necesarias á la existencia de sus pobres, formábase alrededor de las Hermanas una especie de atmósfera de ridiculez y de oprobio y debieron

beber toda la vergüenza de su mendiguez. Señalábanlas con el dedo, burlábanse de ellas y las motejaban en las calles de San Servando, y apénas se atrevian á hablarlas sus antiguas compañeras de escuela, de doctrina, de taller ó de infancia.

«Aun aquellas que se sentian atraidas por sus ejemplos, que admiraban su abnegacion y se hallaban inclinadas á imitarlas, se detenian como por instinto al considerar el escándalo y lo ruidoso de su empresa. María Agustina era la única de las cuatro fundadoras que tenia familia, y ésta no le escaseaba las reprimendas. Su hermana menor, hoy Sor María de la Concepcion, superiora de la casa de Rennes, le decia cuando la encontraba con su cesta para ir á la colecta: —Véte, véte, no me hables, pues con tu cesta me das vergüenza. La Hermana María Luisa, en el dia superiora de una de las casas de Paris, se sentia movida y hubiera querido tomar parte en el sacrificio de las Hermanitas; pero viendo la abyeccion en que vivian, sentia cierto disgusto, y dirigiéndose á Dios, le decia interiormente:— «No, Dios mio, no, no es posible; vos no exigís esto de mí.»

«La Hermana Felicitas, que ha muerto superiora en Angers, y muerto como se concibe que deben morir las Hermanitas de los pobres; esta

Hermana, devorada por el deseo de consagrarse á Dios, invocaba á San José, ante cuyo altar solia colocarse en la iglesia, y llena de candor, al mismo tiempo que le pedia la gracia de ser religiosa, añadia: «pero no entre las Hermanitas.»

«La primera que pasados cuatro años de esta terrible prueba de aislamiento rompió aquella especie de hechizo, no sabia, al entrar en la casa, que debiese permanecer en ella, pues solo habia ido para ayudar á las Hermanas un dia de mucho trabajo. Cuando hubo gustado la paz de estas amables doncellas, aquella paz que da Dios á los que le aman y se consagran á su servicio, cedió á tan fuerte atractivo y pidió que la recibiesen en su santa compañía.

«No fué la única en penetrar de esta manera. Otra hubo que visitando algunas compañeras suyas nuevamente admitidas entre las Hermanitas, las encontró tan contentas y alegres, que quiso compartir su felicidad y vivir con ellas. En una de las casas que se fundaron mas tarde, habiendo ido la colectora á una aldea vecina, halló dos jornaleras sin trabajo que se ofrecieron á arreglar la ropa, creyendo que no podian emplear más útilmente el tiempo que remendando el pobre y reducido equipo de las viejas y de las Hermanitas. Caminaron cinco leguas con el deseo de practicar este acto de pequeña caridad, que realizaron

con gusto, partiendo al cabo de algunos dias, no sin llorar un poco, sin abrazar á las Hermanitas y sin prometerles que pronto volverian.

«Volvieron en efecto, pero ya no fué para dar á Dios su tiempo supérfluo, pues trataron de consagrar á su servicio y al alivio de los pobres toda su vida y todas sus fuerzas. De esta suerte habian encontrado la gracia de su vocacion en el cumplimiento de un acto de caridad, y su generosidad recibió ya en la tierra una preciosa recompensa, mayor todavía y más pura que su abnegacion, pues no es poca dignidad la de pertenecer enteramente á Dios. Bien lo saben las Hermanitas, como que les confunde tanto honor y mantiene en ellas la humildad, que es la prueba mas patente de la bendicion del Señor.

«Como todas las virtudes cristianas se corresponden y se acrecientan recíprocamente, esta humildad y esta confianza en Dios hacian que sufriesen con paciencia todas las dificultades: á las Hermanitas no les arredraban las humillaciones que el mundo les imponia, y aun en sus negativas encontraban un nuevo motivo de abandonarse enteramente á la Divina Providencia.

«En tanto que el número de los primeros individuos de la familia seguia siendo tan reducido, se iba aumentando el de los pobres, y sin vacilacion ni escrúpulo, cuando estuvo lleno el piso